Garcilaso. El retorno del hijo pródigo

Conviene acaso contar una historia para explicar nuestro ardido propósito. Había una vez una parienta cusqueña mía, que resultaba lejana tía materna, cuya madre, a fines del siglo XIX, le había legado una casona cusqueña. El problema es que dicha casa tenía en los interiores un muro incaico, dentro de una propiedad privada. A dicha señora, la propietaria, ese muro, así desnudo, le disgustaba. Y entonces, intentó, sin demolerlo naturalmente, cubrirlo de diversas maneras. Le puso biombos, lo mandó decorar, pintar, maquillar. No se llevaba en aquel entonces, el honor de lo incásico, todavía. Al fin, los parientes cercanos, hijos, nietos y sobrino nietos, alcanzaron a persuadirla de que dejara el muro intacto, tal cual.

A veces pienso que con Garcilaso hemos pecado todos por exceso. En texto que publicamos aparte, se dice lo siguiente: «Garcilaso ha sido considerado *a grosso modo* inca, indio, mestizo, renacentista, criollo, historiador, utopista, o peruano ejemplar. Cuando los furores interpretativos han girado a otros ámbitos, por ejemplo, después de interesarse por la *Coronica* de Guamán Poma de Ayala, se vuelve a Garcilaso pero como autor, como personaje central de los estudios contemporáneos garcilacistas, como lo examinaremos en breve». De una u otra forma, la producción resulta enorme.

¿Cómo volver a lo más claro, a lo más puro y esencial de ese hombre? A algo que no se pueda poner en duda, puesto que no indica ni una disputa interesada con Gómara ni con otros cronistas toledanos, que expresase aquello que no se le pueda cuestionar. Todos somos del país de la infancia ha dicho el poeta. Y a esa infancia volvemos, al Cusco de la niñez. Y hasta unos años más, hasta su partida cuando tiene 20 años. Nacido en 1539, es a los diez años en que el padre tiene que desposar a una española, pero todo señala, y los garcilacistas son unánimes en la materia, que vive en la casa paterna, «aunque visitara con asiduidad a su madre y parentela incaica», indica Ricardo González Vigil en la cro-

nología de la edición de *Los Comentarios,* de la Universidad Inca Garcilaso (2007). Hemos seleccionado, y de preferencia, pasajes de ambos libros, ora de *Los Comentarios Reales*, ora de la segunda parte publicada bajo el título de *Historia General del Perú,* aquellos en que el Inca es testigo de vista. La frase clave en nuestra pesquisa ha sido, pues, «alcancé y vi por mis ojos». Entre otros muchos pasajes coloquiales, sinceros, indiscutibles, de quien pudo escribir para la posteridad, «vi muchas cosas… las cuales contaré diciendo lo que vi» (Libro Primero, Capítulo XIX).

Ahora bien, un prólogo se hace para confesar intenciones y para pagar algunos débitos. Tenemos uno, inmenso. Tomamos la edición de 1959 como base, *Los Comentarios Reales de los Incas,* editado por la Librería Internacional del Perú, S.A. y que lleva prólogo de Aurelio Miró Quesada, y por tres confesables razones. La primera, porque guarda la ortografía inicial, o en todo caso, no se la ha modernizado. El castellano, como sabe cualquier estudiante de filología no ha variado tanto desde el «recuerde el alma dormida, avive el seso y despierte, contemplando» de Jorge Manrique, a nuestros días. Cierto, cambios han habido, pero no tantos, menos que en la estructura gramatical de lenguas como el francés o el inglés. En todo caso es política de esta casa de libros, la BNP, publicar los textos clásicos tal cual, dentro de lo razonable. Como no tenemos clásicos de la época de Gonzalo de Berceo, o de poesía juglaresca, nuestra tarea es sensata, en otras palabras, el castellano que nos llega no es el del Marqués de Santillana (1398-1450). La segunda razón es que sigue siendo, a nuestro gusto, esa edición de 1959, la mejor. Porque sencillamente reúne los dos libros, *Los Comentarios* y *La Historia General del Perú,* en otras palabras, la obra que trata de los Incas y su continuación, la que trata de los Conquistadores.

La tercera razón es el prólogo mismo de Aurelio Miró Quesada. Confesamos que no hubiese sido posible la selección de textos que el lector tiene ahora en la mano, sin el trabajo, prolijo, amoroso, detallado de ese gran garcilacista. Más claramente, en ese prólogo, que por lo demás trata de

otros puntos, hay un capítulo decisivo, el IV, titulado «lo que vio y lo que oyó». Dicho de otra manera, nos hemos servido de esas indicaciones como si fuesen fichas de investigación, que lo son. En que momento de su vasta obra Garcilaso habla del inca viejo Cusi Huallpa; o de la ceremonia del «*huaracu*» o iniciación militar de los jóvenes; o de qué color era la mula de Francisco de Carvajal, el Demonio de los Andes; o cuándo llegaron las primeras gallinas al Cusco, y los bueyes, y los camellos, asnos y cabras, y sus precios, y sus muchas crías. Todo eso está ahí, en los ojos asombrados de ese muchacho cusqueño que no deja de mirar y oye el noble quechua de sus parientes maternos, y sus llantos, o el desplante de los guerreros españoles entre ellos mismos, sus querellas y rivalidades. El destino nos los guardó para que rememorase en las tardes serenas de Montilla o en la callada Córdoba, ese Cusco de su infancia. Entre serranías menos elevadas que las andinas pero que acaso le dieron, al Inca, paz y tiempo para la cálida memoria, y escribir esos fragmentos de vida que aquí limpiamos de hojarasca propia y ajena. Como aquel muro incaico libre de aderezos de mi señora tía de mi historia inicial. Todo eso que vio y oyó se dice, académicamente: descripción de un proceso de transculturización que se abre entre 1539 y 1560, antes que se fuera aquel muchacho a seguir estudios, antes que se instalasen las instituciones hispánicas en Indias. Pero que callen los doctores, por una vez. Que se silencie el Estrado y el Trono. Que hable el cronista. Testigo de sí mismo. Que hable Garcilaso.

Abril, 2009

Hugo Neira
Director de la Biblioteca Nacional